

## LAS TINIEBLAS.

Las tinieblas no fueron creadas por Dios.—Dispone de ellas según su sabiduría.—  
El pecado.—El error.—Cómo el hombre  
aumenta las tinieblas.—Cómo se gloria de ellas.—Las adversidades.—La ignorancia.—La fé cristiana.  
—La Eucaristía.

### I.

AL símbolo de la luz se opone el de las tinieblas: las interpretaciones que hemos dado al primero nos ayudarán para explicar el segundo. Está escrito que desde el principio del tiempo, Dios separó la luz de las tinieblas, porque, como dice San Pablo, "entre la luz y las tinieblas ninguna sociedad es posible."<sup>1</sup>

"Dios no ha creado las tinieblas—agrega San Agustín—porque las tinieblas no son otra cosa más que la ausencia y la privación de la luz; y "Dios que crió aquello que existe no pudo crear aquello que no es más que "la privación ó la ausencia del ser existente."

Dios no ha creado las tinieblas, mas al auyentarlas con la luz, ha dispuesto, siguiendo el orden y la economía de su infinita sabiduría, que ellas se presenten desde luego al ausentarse la luz para que resalte mejor su brillo y hermosura; así como el músico interpone las pausas y el silencio en medio de la armonía de su canto, y como el pintor va poniendo las sombras en el fondo de su cuadro para que sobresalgan aquellos objetos que deben ir iluminados. El silencio y las pausas no son la armonía; pero ésta resulta de la conuinacion de ambas cosas con la música ó el canto: la sombra no es el cuadro ó la pintura, pero sin ella no tendria belleza ni propiedad el objeto que en el cuadro ó la pintura se nos presenta.

Este pensamiento de San Agustín nos servirá para explicar la mayor parte de los objetos cuyos símbolos son las tinieblas.

<sup>1</sup> 2<sup>o</sup> ad Corint. VI, 14.

### II.

El autor del sagrado libro del Eclesiástico nos enseña: "que el error y las tinieblas tuvieron su ser al mismo tiempo que los pecadores. *Error et tenebrae, peccatoribus concreata sunt.*"<sup>1</sup> Y así como Dios no dió el ser á las tinieblas materiales, tampoco creó el error ni el pecado; así es como el escritor sagrado nos hace comprender que el pecado y el error son de una misma naturaleza con las tinieblas. Por lo mismo, éstas, en el lenguaje de los libros santos, son el símbolo más propio y adecuado para pintarnos el pecado y el error.

Tales eran aquellas tinieblas espesas en que estaba sumergido el mundo, según dice Isaías, hasta que fué iluminado por la luz de Jesucristo.<sup>2</sup> Y tales son también aquellas densísimas en que cada uno de nosotros está sepultado hasta que no llega á iluminarse con la luz del Señor.

Nuestros pecados no son más que obras de tinieblas. Este mundo, maldito por Jesucristo á causa de sus escándalos, es la region de las tinieblas, y los demonios que reinan sobre el mundo, son conocidos como príncipes de las tinieblas.

### III.

Bien léjos de que las tinieblas hayan sido creadas por Dios, Él las disipa con su poder, y las esclarece, como acabamos de explicarlo, por medio de la luz que nos dió y nos comunica.

Mas detengámonos aquí, considerando un bellissimo pensamiento de San Agustín. "Mientras Dios procura esclarecer y disipar las tinieblas, el hombre por el contrario, tiene el tristísimo privilegio de aumentar más y más "aquellas en que desgraciadamente se encuentra sumergido. El hombre "cuando peca se cubre de tinieblas y vuelve éstas más espesas y obscuras, "cuando en lugar de confesar sus pecados tiene la audacia de vanagloriarse "de ellos."

"¡Oh hombre; confiesa, pues, tus pecados, para no redoblar tus tinieblas."<sup>3</sup>

Mas ¡hay de mi! que en lugar de confesar nuestras faltas, nos vanagloriamos de ellas, y "entonces es—como dice San Gerónimo—cuando llamamos tinieblas á la luz, y luz á lo que no es más que tinieblas, asemejándonos á aquel pueblo infiel de Jerusalem que tomó bajo su amparo al "impío Barrabás, imágen del príncipe de las tinieblas, y entregó á Je-

<sup>1</sup> Eccli. XI, 17.

<sup>2</sup> Isai. XLII, 7.

<sup>3</sup> In Ps. CXXXVIII, 15.

“sucristo, Rey de la luz, en manos de sus verdugos para que le dieran “muerte.”<sup>1</sup>

## II

## IV.

Segun la doctrina de San Gregorio, las tinieblas son el símbolo de la tristeza. *Plerumque tristitiam tenebras accipimus.*<sup>2</sup> Ellas nos indican las penas, los temores y las miserias de todas clases, que son la herencia del hombre en esta vida mortal. Porque cuando Dios queria castigar á su pueblo—dice el Profeta Isaias—<sup>3</sup> este pueblo no veia otra cosa en la tierra mas que las tinieblas de la tribulacion, sin que apareciese luz alguna en tan profunda oscuridad.

“Todas las adversidades y todas las amarguras de la humanidad—agrega San Agustin—<sup>4</sup> “están figuradas en las tinieblas. Y sin embargo, la “noche oscura de nuestra vida tiene sus luces aunque opacas y pasajeras “que son las prosperidades de este mundo.”

“Mas estas tinieblas y luces pasajeras nos vienen igualmente de Dios; “y si una santa conformidad con la voluntad divina nos hace indiferentes “á los bienes y á los males de esta vida, entonces exclamamos como el “Profeta Rey: “Como son para mí las tinieblas que me vienen del Señor, “asi tambien es la luz que me envía.<sup>5</sup> *Sicut tenebræ ejus, ita et lumem “ejus.”*

“Veamos un grande ejemplo de esta indiferencia en la persona del Santo Job.”

Su vida iba pasando sucesivamente de la luz á las tinieblas, y de las tinieblas á la luz: al principio rico y lleno de felicidad, cae de repente en una miseria espantosa; despues vuelve á la abundancia y á gozar de la comodidad. ¿Y cuáles fueron las palabras de este Santo varon al darnos cuenta de las desgracias y prosperidades de su vida? “Dios me las dió; “Dios me las quitó: ¿qué me importan las tinieblas! qué me importa la “luz! ¡Bendito sea por siempre el nombre del Señor!”<sup>6</sup>

## V.

Igualmente nos designa la Santa Escritura, bajo el símbolo de las tinieblas, la ignorancia de nuestro espíritu.

Así como Dios no crió las tinieblas, tampoco hizo al hombre ignorante: la ignorancia del espíritu fué la consecuencia precisa y la pena del pecado.

<sup>1</sup> Com. in Isai. II, 15.

<sup>2</sup> Moral. XIV, 8.

<sup>3</sup> Isai. V, 30.

<sup>4</sup> In Ps. CXXXVIII, 16.

<sup>5</sup> Ps. CXXXVIII, 12.

<sup>6</sup> Job. I, 12.

Entonces fué cuando Dios puso las tinieblas en el espíritu del hombre é hizo la noche: por eso el Santo Job pudo decir: “Los caminos del hombre estaban ocultos á él mismo, porque las tinieblas le rodeaban.”<sup>1</sup>

“Él ignoraba naturalmente su fin—dice San Gregorio—aun cuando su- “piera, como sabia, que esta vida pasajera debiera conducirlo á él. Ver- “dad es que aspiraba á las cosas de lo alto y que conocia sus más íntimos “deseos; pero ignoraba y no podia definir cuál era el objeto ó el fin de “sus destinos. La incertidumbre se apoderaba de su corazon aun cuan- “do se esforzara á hacer el bien, porque la sentencia del soberano Juez se “escapaba á su prevision. Siguiendo la expresion del sábio,<sup>2</sup> el camino del “hombre le parece recto, y su término lo conduce á la muerte.” Por esto vemos que aun las almas más santas tiemblan al pensar en la terribilidad del juicio de Dios.

El hombre fácilmente olvida lo pasado, ignora el porvenir, y apenas conoce el presente; por todas partes y en todas las cosas no encuentra más que tinieblas y una profunda noche al rededor suyo.

“¡Oh!—agrega el mismo Santo Doctor—y qué bien hace brotar las lá- “grimas de nuestros ojos la oscuridad de la noche! ¡mientras más y más “gemimos por la horribilidad de nuestras tinieblas, más y más sentimos “crecer en nosotros el deseo de la luz; y frecuentemente esta luz brota “de nuestro arrepentimiento, de nuestros suspiros y de nuestras lágrí- “mas.”<sup>3</sup>

¡Oh luz! ¡Luz verdadera, luz divina, meditándote en las tinieblas, mi corazon suspira ardientemente por tí!

Las tinieblas son el pecado y la luz divina es la gracia; las tinieblas no causan más que afixion y la divina luz produce la alegría; las tinieblas no son más que ignorancia y la divina luz es la vision clara de las cosas celestiales.

¡Oh Señor! Con la fé cristiana me habeis dado tambien la virtud de la esperanza, pues mi divisa para lo de adelante será la misma de Job: “Des- “pues de las tinieblas que me rodean, no espero más que la luz. *Post te- “nebras spero lucem.*”<sup>4</sup>

## VI.

El Santo Rey David nos asegura que “el Señor se ocultaba en las tinieblas. *Posuit tenebras latibulum suum.*”<sup>5</sup>

“¿Qué tinieblas son estas?—pregunta San Agustin.—Son las de la fé, “entre las que tenemos necesidad de caminar mientras vivimos en este “mundo esperando lo que no vemos y deseando con impaciencia lo que no

<sup>1</sup> Job. III, 23.

<sup>2</sup> Prov. XIV, 12.

<sup>3</sup> Moral. V, 7.

<sup>4</sup> Job. XVII, 12.

<sup>5</sup> Ps. XVI, 12.

“poseemos. Dios se oculta en los sacramentos de su Iglesia, en los escritos de los Profetas que se asemejan á las nubes tenebrosas; tambien se esconde en las parábolas y en los discursos oscuros de los libros Santos, y finalmente, en la profundidad de sus incomprensibles misterios, cuyos arcanos solo Él conoce.”<sup>1</sup>

Mas estas tinieblas de la fé cristiana no se parecen á aquellas de que acabamos de hablar; son tinieblas luminosas como las llamó David, cuando dijo: “La noche ha llegado á ser luminosa en medio de mis delicias.”<sup>2</sup>

“Pero ¿cómo esta noche ha sido luminosa para mí?—vuelve á preguntar San Agustin.—“Porque en esa noche descendió Jesucristo al mundo, en esa noche tomó una carne semejante á la mia, y por lo mismo, esa noche fué iluminada para mí, llegando á ser mi luz en medio de mis delicias. Porque realmente, ¿cuáles son mis delicias sino el mismo Jesucristo?”<sup>3</sup>

VII.

Al pié del Tabernáculo y en presencia del más tenebroso, pero tambien del más caro y dulce de nuestros misterios, es donde se recrea mi espíritu repasando estas palabras de David: “Mi noche es mi luz en medio de mis delicias.” En ninguna parte se oculta la Magestad divina en tinieblas más profundas, ni la carne de Jesucristo se esconde mejor á nuestras miradas, que en el sacramento de la Eucaristía.

Ahí no se ve más que una noche misteriosa y llena de encantos. ¡Oh noche! ¡vos sois mi luz, porque Aquel á quien yo adoro bajo los velos del Sacramento, me embriaga con sus inefables delicias. “Gustad—me dice el Profeta—“y decidme si hay dulzura que pueda compararse con la del Señor.”<sup>4</sup> Yo gusto entónces en las sombras de esa noche, y las delicias que llego á experimentar me hacen ver con claridad cuánta es la dulzura de mi Salvador.

Las mismas delicias de la Eucaristía me la hacen ver con claridad, en medio de sus sombras y su noche llega á ser mi luz en medio de las delicias de mi corazon. *Et nox illuminatio mea in deliciis meis.*<sup>5</sup>

1 In Ps. XVII, 12; et S. Hier. com. in Dan. c. II.  
2 Ps. CXXXVIII, 11.  
3 Ps. CXXXVIII, 14.  
4 Ps. XXXIII, 9.  
5 Ps. CXXXVIII, 11.

“A vista de estas maravillas y de esos relámpagos divinos, la tierra se conturba, los pecadores se estremecen y el universo entero que á la luz de fuego de esos relámpagos divinos vino á hacerse cristiano, exclama con unánime voz diciendo: Esta es la verdad; así sea. Amen. Amen.” En el mismo sentido interpreta San Gregorio estas palabras del Santo Job: “Es el hombre acaso el que envía los relámpagos y á quien ellos obedecen”. Es por ventura el hombre á quien vuelven los relámpagos obedeciendo. “Aqui estamos!”

EL RELÁMPAGO.

El milagro.—Cómo el relámpago vuelve hácia Dios.—Satanás precipitado del cielo.— El relámpago en el último día de los tiempos.

EL relámpago sale de la noche arrojando una luz tan fuerte y repentina, que deslumbra y espanta.

Mas ¿qué simboliza el relámpago en nuestros libros santos?

Ya hemos visto que las nubes nos figuran á los predicadores del Santo Evangelio. La nube por sí misma es sombría, y por lo mismo, no parece que pueda encerrar en sus senos más que neblina; pero cuando sale de ella el relámpago se comprende desde luego que no guarda en ellos sino la luz. Lo mismo pasa con aquellos hombres á quienes Dios escoge para predicar el Evangelio: parecen débiles y despreciables; pero Dios permite algunas veces que á la enseñanza de la verdad añadan ordinariamente el brillo de sus buenas obras. Entónces la naturaleza los obedece, y ellos confirman la verdad de la palabra que predicán con el testimonio expléndido de los milagros.

El milagro es, por lo mismo, el relámpago que sale de la nube.

Veamos ahora cómo explica San Agustin estas palabras del Salmista.

“Alumbraron con tan horrible luz vuestros relámpagos, que la tierra los vió y quedó atemorizada;”<sup>1</sup> y estas otras. “Multiplicó sus relámpagos y aterró á sus enemigos.”<sup>2</sup>

“Jesucristo—dice este Santo Doctor—no había escogido á sus discípulos sino entre los hombres débiles, tímidos é ignorantes, y eran por esto como “nubes oscuras. Pedro no era más que un pobre pescador; pero Pedro ora, “y Pedro resucita á los muertos. Ved aquí los relámpagos, que salían “de él....”

1 Ps. LXXXVI, 19.  
2 Ps. XVII, 15.

“A vista de estas maravillas y de esos relámpagos divinos, la tierra se conturba, los pecadores se estremecen y el universo entero que á la luz de fuego de esos relámpagos divinos vino á hacerse cristiano, exclama con unánime voz, diciendo. Esta es la verdad: así sea. Amen. Amen.”<sup>1</sup>

En el mismo sentido interpreta San Gregorio estas palabras del Santo Job. “¿Es el hombre acaso el que envía los relámpagos y á quien ellos obedecen? ¿Es por ventura el hombre á quien vuelven los relámpagos diciéndole: ¡Aquí estamos!”<sup>2</sup>

“Brilla el relámpago—dice este Santo—cuando se efectua el milagro; y vuelve hácia Dios, cuando el autor del milagro lo atribuye á la potestad divina y no á su propia virtud.

“Cuando San Pedro y San Juan encontraron en el atrio del templo al cojo que les pedía limosna, Pedro le dijo: “No tengo oro ni plata que darte, pero te doy lo que tengo: *en nombre de Jesucristo, levántate y anda.*” A estas palabras el cojo se levanta, y al instante se consolidaron sus piés y afirmó sus plantas. He aquí el relámpago rasgando y saliendo de la nube. Mirad ahora, cómo el relámpago vuelve hácia Dios.”

El pueblo judío se admira y conmueve á vista de este prodigio: mas el Apóstol sigue diciendo: “Varones Israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto, ó por qué poneis los ojos en nosotros, como si por nuestra virtud ó poder hubiéramos hecho andar á este cojo? El Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob y el Dios de nuestros padres, es el que ha querido glorificar así á su Hijo Jesucristo. . . . Ved ahora explicado cómo el relámpago se vuelve hácia Dios y le dice: aquí estoy.”<sup>3</sup>

## II.

Felices las almas que escogidas por Dios para ejecutar sus más grandes obras, saben humillarse como el Santo Rey David, repitiendo con él. “No por nosotros, Señor, no por nosotros, sino por la gloria de vuestro nombre. *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.*”<sup>4</sup>

Pero si el orgullo se apodera de nosotros, si en lugar de dirigirnos á Dios para bendecir su Santo Nombre, nos volvemos á nosotros mismos con una vana complacencia, por limpios, por elevados y por grandes que seamos, llegaremos á caer como el relámpago, precipitados desde la altura del cielo.

Satanás brillaba como los astros más refulgentes, pero envanecido con su belleza se abandonó á un orgullo insentato. Jesucristo comparaba la caída de este espíritu con la del relámpago, cuando dijo á sus discípulos. “Veía á Satanás como un relámpago que caía del cielo.”<sup>5</sup>

<sup>3</sup> In Ps. XCVI, 8.

<sup>1</sup> Act. c. III.

<sup>2</sup> S. Greg. Moral. lib. XXX, in cap. XXXVIII, Job.

<sup>3</sup> Ps. CXIII, 1.

<sup>1</sup> S. Luc. X, 18.

Simbolizando á nuestra vista esta catástrofe del ángel, el venerable Beda nos dice: “que el Señor quiso darnos en ella útiles é importantes lecciones. Primero nos advierte, que aun despues de su caída puede el demonio trasformarse en ángel de luz para deslumbrarnos y seducirnos; y despues nos enseña, sobre todo, que el alma más santa cuando no persevera en el bien es lo mismo que el relámpago, cuya duracion es tan instantánea, que apenas brilla cuando en el momento se apaga. Porque en verdad; ¿qué cosa hay más veloz que el relámpago? En un instante atraviesa la inmensidad del espacio que separa al cielo de los abismos. Pues tal es el justo que no persevera: aparecía con una claridad celestial. . . . pero no fué sino como el relámpago que se desprende y cae.”<sup>1</sup>

## III.

Decimos frecuentemente que nada es más veloz que el relámpago. Sin embargo, á pesar de su instantánea duracion ilumina la inmensidad del horizonte. Por esta causa ha escogido Jesucristo el relámpago como el símbolo más propio para anunciar su venida en el último día de los tiempos. “Como el relámpago que sale del Oriente y se deja ver en el Occidente, así será la venida del Hijo del hombre.”<sup>2</sup> Él aparecerá de repente, se manifestará por todas partes y nada de lo que hubiere oculto quedará escondido á sus ojos.

El relámpago del último día se repetirá para cada uno de nosotros en el momento de nuestra muerte; nos rodeará repentinamente de su instantánea claridad, é iluminando desde el Oriente hasta el Ocaso de nuestra vida, no dejará en las sombras ni uno solo de nuestros pensamientos ni una sola de nuestras obras.

¡Cómo, Señor, cómo no hemos de temblar cuando nos visiteis al flamígero rayo de esa luz! Purificadme para lo de adelante por vuestra dulce misericordia á fin de que el relámpago de vuestra justicia no ponga en claro y manifieste mis maldades.

de el Señor la voz que dirige á su pueblo por boca de Moisés; y así como en un concepto la voz humana se va mezclando con la armonía de los instrumentos, así también podemos decir que sobre la montaña del Sinaí se confundían los truenos y la voz de aquel caudillo para formar una sola palabra: esta palabra era la de Dios dictando sus preceptos al pueblo que había escogido.

El trueno así de la nube al mismo tiempo que se anuncia por el relámpago.

<sup>1</sup> Beda in loco cit.

<sup>2</sup> Mat. XXIV, 27.